

# Prólogo

De regreso se descubren caminos ocultos  
MANUEL MONTALBÁN, *Mercado negro*

Después de Lacan el texto de Freud habla de otra manera. Si bien la incorporación de Freud al aparato teórico de la Filosofía Crítica encuentra momentos excepcionales en Adorno, Benjamin, Marcuse... el regreso de Lacan a Freud hace surgir un nuevo mundo de ecos y resonancias teóricas inéditas y una extraña respiración contemporánea.

Por ello, textos que apenas habían sido percibidos por los propios psicoanalistas y filósofos como meros ensayos culturales, adquieren en la lectura lacaniana un valor «impolítico», es decir, permiten pensar a la política desde la «imposibilidad» constitutiva en la que emerge el grado mínimo de vínculo social, o dicho de otra manera nos presentan que es lo «común» de la comunidad desde un nuevo ángulo.

Sin duda Lacan introduce un mas allá de Freud, presentando herramientas teóricas que recién ahora se empiezan a dilucidar, donde además de transformar radicalmente la denominada clínica del sujeto, ofrecen un nuevo ámbito para interrogar a la realidad política en su surgimiento ¿Qué es la realidad? ¿De qué materia está hecha? ¿Cuáles son las condiciones para que exista un lazo social? ¿Cómo se constituye el sujeto implicado en dicho lazo? ¿Qué le otorga a una determinada realidad política su vigencia histórica, incluso a pesar del malestar insoportable que ella misma produce? ¿Por qué elevadísimas cuotas de infelicidad comunitaria no impulsan la transformación de la sociedad? En todos estos interrogantes no se trata de «aplicar el psicoanálisis» a los asuntos sociopolíticos, se intenta mas bien postular que el discurso de

Lacan posee la suficiente determinación ontológica como para presentar los modos estructurales que hacen posible una realidad dada, así como también la «imposibilidad» que impide que esa realidad, el sujeto, el vínculo social, la identidad, el proyecto que la soporta, se cierren en una forma plena y lograda. Dicho de otro modo, la sociedad nunca se podrá curar de la fractura inicial de donde surge. Tampoco se trata, y esta es una diferencia importante a señalar, del llamado «construccionismo social». En esa escuela, influida por el psicoanálisis, se postula el carácter discursivo de la realidad tal como lo plantea Lacan, pero aún falta el elemento «Real», aquella dimensión que precisamente constituye un exterior irreductible, un núcleo «duro» que no puede ser asimilado a la realidad. Precisamente es ese «Real» irreductible a las construcciones simbólicas el que impone su coerción repetitiva a la trama de la realidad. Por esta razón el «construccionismo social» aunque acertadamente acentúa el carácter contingente y sin fundamento último, de los procesos que constituyen a la realidad, al no poder pensar ese «exterior», no puede acceder a la lógica implícita en las transformaciones de la realidad o las fijaciones que las detienen.

De acuerdo con este alcance ontológico de la propuesta lacaniana, una nueva disciplina está surgiendo, otro modo de pensar lo político y sus representaciones clásicas. En esta nueva perspectiva, las oposiciones canónicas entre individuo y sociedad, subjetivo y objetivo, micro y macro, particular y universal, etc., pierden su pertinencia y se descomponen, dando lugar a una nueva copertenencia entre las categorías lacanianas y el «hecho social».

Manuel Montalbán es un psicoanalista español, intelectual y escritor que se encuentra en la avanzada de esta nueva «disciplina», esa que lentamente va presentando sus rasgos de distinción en el panorama de nuestra lengua. Tuve la suerte de conocerlo hace muchos años atrás, y de poder apreciar esas «antenas» especiales que diferencian a algunos teóricos del psicoanálisis, aquellos que nutriéndose de la experiencia analítica obtienen de la misma un lugar privilegiado para leer los signos contemporáneos. Que Montalbán, a su vez, esté concernido de un modo radical y excelente por la escritura poética no me parece ajeno a esta cuestión.

El lector encontrará en este libro un desarrollo elegante, bien escrito, sobre las secuencias de la enseñanza de Lacan que puedan eventualmente aproximarse a una inteligibilidad distinta de lo

sociopolítico, o como lo dice el propio Montalbán, encontrarnos con una «politología lacaniana» en sus comienzos.

En este movimiento contemporáneo de la orientación lacaniana, Montalbán no está solo, algunos colegas de su generación, aquí en España, transitan por la misma frontera. Son aquellos que intentan mostrar que en el pensamiento de Lacan queda aún por venir una interpelación sobre lo que esta época escribe y dice sobre sí misma. El libro de Montalbán es una invitación decisiva a escuchar dicha interpelación.

Jorge Alemán



# Introducción

¿Por qué reunir comunidad e inconsciente? Para muchos la relación de estos dos conceptos pudiera parecer contradictoria, anti-tética incluso. Sin embargo, la trayectoria constructiva de ambos términos ha estado salpicada de cruces múltiples y variados, nunca definitivos, que reflejan tanto la dificultad para pensarlos conjuntamente cuanto la insistencia de su encuentro fallido.

Por tanto, comunidad e inconsciente configuran una dupla conceptual que se atrae y se repele mutuamente. Cierta tradición oficialista desde el psicoanálisis insistirá en el carácter individualista del devenir psíquico, cuando no del propio espíritu del descubrimiento freudiano. Defensivamente se afirma que el psicoanálisis debe ocuparse de lo que le es propio: el desarrollo psíquico normal y la patología individual en la que éste pudiera incurrir. Desde esta perspectiva, lo colectivo queda fuera del horizonte programático del psicoanálisis, sujeto a leyes específicas establecidas desde disciplinas alejadas tanto epistemológica como, en muchos casos, ideológicamente.

Por su parte, la lectura romántica del inconsciente, presente incluso hoy en día, entiende éste como memoria arcaica e instintiva, reducto de la vida animal o reflejo del buen salvaje que todavía nos habita, y que debe ser enfrentado a la inautenticidad del espécimen (pos)moderno, disfrazado en su deambular colectivo hasta lo irreconocible con ropajes sobrepuestos que no consiguen velar su alienación más absoluta.

Sin embargo, el contacto, con desigual resultado, entre el hallazgo del inconsciente freudiano y la construcción teórica de

la experiencia de lo colectivo se produce también desde momentos tempranos. La deriva jungiana, la recepción crítica de los textos freudianos efectuada por el círculo de Bajtin desde la perspectiva marxista, o la lectura que del psicoanálisis realiza la primera generación de la Escuela de Frankfurt, son ejemplos con identidad e implicaciones importantes. El propio Freud no es ajeno a esta tensión y después de la Primera Guerra Mundial dedica una parte significativa de su producción a los llamados textos sociológicos o antropológicos. Tanto la teoría social como la concepción pulsional en sus últimas elaboraciones representan el equipaje más comprometedor de la herencia freudiana que en la emigración hacia Norteamérica los psicoanalistas suelen dejar en tierra. No es una coincidencia azarosa. Pulsión de muerte y vínculo social establecen en la obra de Freud una relación ciertamente paradójica, en muchas ocasiones ingenuamente simplificada. En su movimiento de «retorno a Freud», Jacques Lacan se hará cargo, entre otras cuestiones, de estas valijas olvidadas por la tradición posfreudiana.

No obstante es necesario reconocer que ha sido mayoritaria la aproximación al inconsciente desde una óptica individualista. De hecho, la mayoría de las críticas pretendidamente sociológicas vertidas sobre el psicoanálisis se ha basado en la supuesta tendencia individualizante de la vida psíquica. Como comprobamos, las dificultades genéricas en la historia del pensamiento para articular lo particular y lo universal se reproducen una vez más. El *uno-por-uno* de la cura psicoanalítica que pone en juego la lógica inconsciente condiciona, a veces de manera excesiva, la reserva del psicoanálisis hacia el hecho social, y puede introducir una cierta indiferencia hacia la escena colectiva y sus dilemas más evidentes. Es más, la propia comunidad psicoanalítica, puesto que desde sus inicios el psicoanálisis vinculó, con más o menos dificultades, a sus practicantes, ha recurrido, como cualquier grupo humano, al refugio de lo colectivo, al goce de la lengua común, frente a los avatares de la época: comunidad como pantalla del acontecer social.

En las últimas décadas, sin embargo, se realizan acercamientos al psicoanálisis desde las ciencias humanas, centrados en la cuestión social y sus múltiples derivaciones, que en muchas ocasiones sorprenden incluso al propio psicoanálisis. Ciertamente existen contextos más predisuestos que otros para generar este tipo de aproximaciones, cuando no verdaderas apropiaciones. Este es el

caso del campo de las ciencias sociales que se afanan en reconstruir la teoría social a partir de la irrupción posmoderna. El desarrollo de tendencias del conocimiento que entienden tanto la realidad social y cultural cuanto las propias ciencias sociales como construcciones lingüísticas, acciones retóricas, ha posibilitado que, en lo que algunos se obstinaron en llamar «espejismos de fin de siglo», se diluyan ciertas fronteras academicistas y se promuevan acercamientos y confluencias más o menos creativas alrededor de las ideas de pluralismo, heterogeneidad o diferencia. Es en este contexto que el psicoanálisis, la disciplina del «otro reprimido» como recientemente se le ha calificado, entra en un nuevo debate con la psico(socio)logía, la teoría política y la teoría crítica.

Sin lugar a dudas, la presencia y enseñanza de Jacques Lacan en el panorama cultural francés de la segunda mitad del pasado siglo ha actuado como catalizador de muchos de estos encuentros. Pero en este tipo de operaciones se corre el riesgo de asimilar el psicoanálisis con cualquier otro instrumento científico dentro de la multiplicidad técnica *pret-a-porter*. El contacto entonces entre la ciencia social heterodoxa y el psicoanálisis, en general, y la enseñanza lacaniana, en particular, se ha producido gradual pero inevitablemente. Junto a Foucault, Derrida, Habermas, Lyotard, etc., Lacan se incorpora también, a veces en un cóctel indigesto, al universo iconográfico de la teoría social contemporánea. Hemos querido indagar las trayectorias que su legado orienta para una aproximación novedosa a las implicaciones sociales y políticas del discurso analítico, alejada de las dicotomías reduccionistas al uso.

Aquí es donde, a partir de la orientación desarrollada por Jacques Alain Miller, podemos reivindicar la deconstrucción lacaniana de la ontología que no supera ni sintetiza las clásicas dicotomías metafísicas, ni dialectiza la relación de amor-odio entre filosofía y ciencia, sino que representa otro camino. Las teorías del sujeto y discursiva de J. Lacan, sus consideraciones sobre el Discurso Capitalista o su propia aventura antifilosófica, son un punto de partida que autores como Jorge Alemán presentan como un recurso realmente atractivo para convocar los grandes irresolubles de la civilización contemporánea. Todo ello en presencia del descubrimiento freudiano del inconsciente, gozne, «atascada cópula» como diría Eugenio Triás, en la que el sentido mermado debe vérselas con el «factum» de la pulsión. Las críticas científicistas

al psicoanálisis y el prejuicio pequeño-burgués sobre su supuesta impostura, quedan aquí desbordados. Lacan en su retorno al sentido de Freud los hace estallar y sitúa al psicoanálisis en el ojo del huracán al plantear una nueva senda de aproximación que desestabiliza las clásicas preguntas metafísicas y las dicotomías características de la modernidad y predice igualmente algunos de los dilemas de más candente actualidad: universalismo, nuevos síntomas, consumo, diferencia, nuevas formas de segregación, precariedad, desinserción, dificultades para los vínculos sociales, etc. Expresiones muchas de ellas de lo que hoy en día se certifica como crisis de la idea de comunidad o descolectivización de la vida social, política y laboral y que Lacan no duda en implicar lógicamente con su conjetura del Discurso Capitalista. Su efecto principal es la aniquilación de la trama vincular y la imposibilidad de aparición de un tipo nuevo de discurso que posibilite vínculos sociales alternativos que no estén basados en la simple agrupación masificante en torno a emblemas diversos del mercado globalizado(r).

Para concluir estas líneas iniciales de presentación quiero reconocer y agradecer a Paloma Blanco, compañera de viaje personal e intelectual, su estímulo continuo en la redacción de este texto y su rico aporte de hipótesis e ideas, muchas de ellas generadas a partir de trabajos comunes previos.